

Robert Michels

Los partidos políticos II

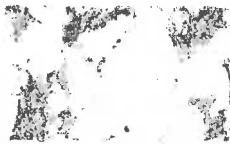


«La organización es lo que da origen a la dominación de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización dice oligarquía». Publicadas por primera vez en 1911, estas palabras resumen la famosa «ley de hierro de la oligarquía» de Robert Michels.

¿Hay una respuesta frente a esta ley de hierro? ¿La democracia es un ideal utópico? ¿Los esfuerzos por crear sociedades socialistas libres desembocarán inevitablemente en una nueva tiranía?

La aparente exactitud de las predicciones de Michels acerca de la conducta futura de los partidos políticos y otras organizaciones democráticas voluntarias, combinada con el hecho de haber señalado los procesos responsables de tales consecuencias, hicieron de *Los partidos políticos* uno de los libros de mayor influencia en el siglo XX. En nuestros días, es un clásico de la ciencia social que sigue interesando a quienes se preocupan por la acción política, tanto como a quienes impulsa un interés erudito.

Escrito entre los fognazos de la Primera Guerra Mundial, su tono pesimista puede trocarse en el pilar de un tenaz optimismo. Como el propio Michels lo advertía, aunque los ideales de la democracia y el socialismo jamás puedan ser alcanzados, la lucha constante en procura de ellos es la única forma de acercárseles.



Amorrortu/editores

ISBN 978-950-518-198-8



9 789505 181988

Cubierta: Diseño A

Robert Michels Los partidos políticos II

Robert Michels

Los partidos políticos II

Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna

sociología



A

Amorrortu/editores

Sexta parte. Síntesis: Las tendencias
oligárquicas de la organización

1. Las bases conservadoras de la organización

En este punto de nuestra investigación se presentan dos cuestiones decisivas: una de ellas es si el mal oligárquico de los partidos democráticos es incurable. Consideraremos esto en el próximo capítulo. La otra cuestión puede ser formulada en los siguientes términos: ¿Es imposible que un partido democrático practique una política democrática, que un partido revolucionario desarrolle una política revolucionaria? ¿Debemos decir que son utópicos no sólo el *socialismo*, sino también una *política* socialista? Este capítulo procurará responder en forma breve a estos interrogantes.

Dentro de ciertos límites estrechos, el partido democrático, aun cuando sujeto a un control oligárquico, indudablemente puede actuar sobre el Estado con un sentido democrático. La vieja casta política de la sociedad, y por sobre todo el propio «Estado», están obligados a emprender la revaluación de un número considerable de valores —revaluación tanto ideal como práctica—. La importancia atribuida a las masas aumenta, aun cuando los líderes sean demagogos. La legislatura y el ejecutivo se han acostumbrado a ceder no sólo a los reclamos que proceden de arriba, sino también a los que vienen de abajo. Esto puede dar origen, en la práctica, a grandes inconvenientes, tales como los que reconocemos en la historia reciente de todos los estados sometidos a un régimen parlamentario; en teoría, sin embargo, este nuevo orden de cosas significa un avance incalculable respecto de los derechos públicos, que así llegan a satisfacer mejor los principios de justicia social. Esta evolución se detendrá, no obstante, en el momento en que las clases gobernantes logren atraer a la órbita gubernamental a sus enemigos de la extrema izquierda, para convertirlos en colaboradores. La organización política conduce al poder, pero el poder siempre es conservador. En todo caso, la influencia

ejercida sobre la máquina gubernamental por un partido opositor enérgico es necesariamente lenta, está sujeta a interrupciones frecuentes, y siempre restringida por la naturaleza de la oligarquía.

El reconocimiento de esta consideración no agota nuestro tema, pues todavía tenemos que examinar si la naturaleza oligárquica, de la organización no es responsable de la creación de manifestaciones externas de actividad oligárquica, si no es responsable de la producción de una política oligárquica. Aquí el análisis muestra con claridad que la política interna de las organizaciones partidarias en la actualidad es absolutamente conservadora, o está en vías de llegar a serlo. Sin embargo, podría ocurrir que la política externa de estos organismos conservadores se hiciera osada y revolucionaria; que la centralización antidemocrática del poder en las manos de pocos líderes no fuera más que un método táctico adoptado para lograr el derrumbe más rápido del adversario; que los oligarcas satisficieran la función puramente provisional de educar a las masas para la revolución, y que la organización no fuera, después de todo, más que un medio empleado en favor de una concepción blanquista más amplia.

Esta evolución chocaría con la naturaleza del partido, con el esfuerzo por organizar a las masas sobre la escala más vasta imaginable. A medida que la organización aumenta de tamaño, la lucha por los grandes principios se hace imposible. Cabe advertir que en los partidos democráticos de hoy los grandes conflictos de opinión son cada vez menos combatidos en el campo de las ideas y con las armas de la teoría pura, que por eso degeneran cada vez más hacia luchas e invectivas personales, para plantearse por último sobre consideraciones de carácter puramente superficial. Los esfuerzos realizados por cubrir las disensiones internas con un velo piadoso son el fruto inevitable de la organización basada sobre principios burocráticos, pues, ya que el objetivo principal de esa organización es incorporar el mayor número posible de miembros, toda lucha ideológica dentro de los límites de la organización ha de ser considerada, por fuerza, como un obstáculo para la realización de sus propósitos y, en consecuencia, un obstáculo que debe ser evitado a cualquier precio. Esta tendencia está reforzada por el carácter parlamentario del partido político. «Organización

partidaria» significa la aspiración del mayor número de miembros. «Parlamentarismo» significa la aspiración por el mayor número de votos. Los campos principales de actividad política son la agitación electoral y la agitación directa para conseguir nuevos miembros. ¿Qué es, en realidad, el moderno partido político? Es la organización metódica de masas electorales. El partido socialista, como agregado político, procura simultáneamente reclutar miembros y reclutar votos, y en esto encuentra su interés vital, pues toda declinación de miembros y toda pérdida de fuerza de votantes disminuye su prestigio político. En consecuencia, hay que prestar mucha atención no sólo a los nuevos miembros sino también a los posibles adherentes, a aquellos a quienes se llama en alemán *mitläufer*, en Italia *simpatizzanti*, en Holanda *geestverwanten* y en Inglaterra *sympathizers*. Para evitar que estas personas, que aún están fuera de los mundos ideales del socialismo o la democracia, se alarmen, hay que rehuir una política basada sobre principios estrictos, hasta ignorar si el aumento numérico de la organización así logrado no se ha ganado acaso a expensas de su calidad.

El último eslabón en la larga cadena de fenómenos que dan carácter profundamente conservador a la esencia íntima del partido político (aun de aquellos partidos que pretenden ser revolucionarios) se funda en las relaciones entre el partido y el Estado. Generado para destruir el poder centralizado del Estado, a partir de la idea de que la clase trabajadora necesita simplemente lograr una organización lo bastante vasta y sólida como para triunfar sobre la organización del Estado, el partido de los trabajadores ha terminado por adquirir una fuerte centralización, basada en los mismos principios cardinales de autoridad y disciplina que caracterizan a la organización del Estado. Así se transforma en un partido gubernamental; es decir, un partido que, por estar organizado como un gobierno en pequeña escala, espera algún día tomar las riendas del gobierno en gran escala. El partido político revolucionario es un Estado dentro del Estado, que persigue la finalidad declarada de destruir el Estado existente para subordinarlo a un orden social de carácter fundamentalmente diferente. Para alcanzar este fin político esencial, el partido adopta la organización socialista, cuya única justificación está precisamente en su pre-

paración, paciente pero sistemática, para destruir la organización del Estado en su forma actual. El partido subversivo organiza el *marco* de la revolución social. Por esta razón se esfuerza continuamente por fortalecer sus posiciones, por extender su mecanismo burocrático, por acumular energías y dinero.

Todo nuevo funcionario, todo nuevo secretario comprometido por el partido es, en teoría, un nuevo agente de la revolución. De la misma manera, cada nueva unidad es un nuevo batallón, y cada nuevo millar de francos proporcionados por las suscripciones de los miembros, por las ganancias de la prensa socialista o por las donaciones generosas de benefactores simpatizantes, constituyen nuevas contribuciones al frente de guerra para la lucha contra el enemigo. A la larga, sin embargo, los directores de este organismo revolucionario que vive dentro del Estado autoritario, apoyado por los mismos medios que aquel Estado e inspirado por igual principio de disciplina, no pueden dejar de advertir que la organización partidaria, sean cuales fueren los progresos que realice en el futuro, jamás logrará ser otra cosa que una copia en miniatura —e ineficaz— de la organización estatal. Por esa razón, en todas las circunstancias corrientes, y en la medida en que la previsión es humanamente posible, todo intento partidario por medir sus fuerzas con las de sus antagonistas está predestinado a un fracaso desastroso. La consecuencia lógica de estas consideraciones está en flagrante contradicción con las esperanzas alentadas por los fundadores del partido. En lugar de adquirir energía revolucionaria cuando crecen la fuerza y la solidaridad de su estructura, ha pasado precisamente lo contrario: con el crecimiento ha ocurrido *pari passu* un aumento continuo de la prudencia —aun la timidez— que inspira su política. El partido, amenazado continuamente por el Estado, del cual depende su propia existencia, elude con cuidado (una vez alcanzada la madurez) todo lo que pueda irritar demasiado a aquel. Las doctrinas partidarias son atenuadas y deformadas, cada vez que ello demuestre ser necesario, de acuerdo con las exigencias externas de la organización.¹ La organización llega a ser la esencia vital del parti-

¹ Un ejemplo clásico de la magnitud en que el miedo a perjudicar a la organización socialista llevará, aun a las inteligencias más esclarecidas

do. Durante los primeros años de su existencia, este no deja de hacer ostentación de su carácter revolucionario, no sólo respecto de sus fines últimos, sino también de los medios empleados para alcanzarlos, aunque no siempre ensalce esos medios. Pero tan pronto como alcanza la madurez política, no vacila en modificar su profesión de fe original y afirmar que sólo es revolucionario «en el mejor sentido de la palabra», es decir, ya no en los aspectos que incumben a la policía, sino sólo en la teoría y en los papeles. Este mismo partido que no vacilaba, cuando aún humeaban los cañones triunfantes de los gobernadores burgueses de París, en proclamar con entusiasmo su solidaridad con los comuneros,²

del partido, a trampear en la teoría socialista, lo tenemos en la historia de aquel celebrado prefacio que Friedrich Engels escribió en 1895 para una edición póstuma del libro de Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich, 1848-49*. Este prefacio, tema de grandes discusiones internacionales, fue considerado con justicia como la primera manifestación enérgica de reformismo en el socialismo alemán; pues Engels declara allí que las tácticas socialistas tendrán mejor éxito con el empleo de medios legales, y no ilegales ni revolucionarios, y de esta manera repudia expresamente la concepción marxista de la revolución social. Hace sólo pocos años que Kautsky publicó una carta de Engels donde este desautorizaba su propio prefacio diciendo: «Mi texto se resintió del tímido legalismo de nuestros amigos de Berlín, quienes temieron una segunda edición de leyes antisocialistas; miedo al que yo estaba obligado a prestar atención en las circunstancias políticas del momento» (Karl Kautsky, «Der Weg zur Macht», *Vorwärts*, Buchhandlung, 1909, pág. 42). De esto podría parecer que la teoría (recién elaborada en aquel momento) de que el socialismo podía alcanzar sus objetivos por métodos parlamentarios —y esta era la quintaesencia del prefacio de Engels— nació por el miedo de que la organización partidaria socialista (que debía ser un medio y no un fin, en sí misma) pudiera padecer a manos del Estado. Así, Engels fue celebrado, por una parte, como hombre de juicio sano, dispuesto a mirar de frente a la realidad (cf. W. Sombart, «Friedrich Engels, Ein Blatt zur Entwicklungsgeschichte der Sozialismus», tirada aparte de *Zukunft*, Berlín, 1895, pág. 32), en tanto que por otra parte era atacado como pacifista utópico (cf. Arturo Labriola, *Riforme e rivoluzione sociale*, ed. cit., págs. 181 y 224); en realidad, parecería haber sido la víctima de un sacrificio oportunista de principios a las necesidades de la organización: sacrificio hecho por amor al partido y contra sus propias convicciones teóricas.

² Como es bien sabido, en 1871, Bebel, en el Reichstag abierto, se declaró contrario a la anexión de Alsacia y Lorena, anexión que, ya consumada y con el único apoyo de Liebknecht, llevó su oposición teórica a la

ahora anuncia al mundo entero que repudia la propaganda antimilitarista en cualquier forma que pueda llevar a sus afiliados a estar en pugna con el Código Penal, y que no asumirá responsabilidad alguna por las eventuales consecuencias de ese conflicto. El partido socialista adquiere de pronto un sentido activo de responsabilidad. Por consiguiente, reacciona con toda la autoridad de que dispone contra las corrientes revolucionarias que existen dentro de su organización y que hasta entonces había considerado con indulgencia. En nombre de las graves responsabilidades propias de su situación, desautoriza ahora el antimilitarismo, repudia la huelga general y niega toda la audacia lógica de épocas pasadas.

La historia del movimiento laborista internacional nos muestra muchos ejemplos de la forma en que el partido se hace cada vez más inerte a medida que crece la fuerza de su organización; pierde su ímpetu revolucionario, se torna flemático, no sólo en la acción, sino también en la esfera del pensamiento. El partido se aferra cada vez con más tenacidad a lo que llama «las tácticas antiguas y gloriosas», las tácticas que llevaron a un aumento constante de los afiliados. Cada vez es más difícil vencer su aversión a toda acción agresiva.

El miedo a la reacción, que obsesiona al partido socialista, paraliza todas sus actividades, hace imposible toda manifestación de fuerza y lo priva de toda la energía para la lucha cotidiana. Procura justificar su despersonalización mediante el falso pretexto de reservar sus fuerzas para la lucha final. Así vemos que las tendencias conservadoras, propias de todas las formas de posesión, se manifiestan también en el partido socialista. Durante medio siglo los socialistas han venido trabajando con ahínco por crear una organización modelo. Hoy, con tres millones de obreros or-

guerra al punto de votar, en tiempo de guerra, contra los créditos militares. Bakunin no abrigaba afecto alguno por los marxistas ni por los alemanes, pero no pudo ocultar su admiración por el joven partido marxista alemán, que había tenido el coraje sublime de proclamar «en Alemania, en el país donde la libertad es menos conocida, bajo el régimen militar triunfante de Bismarck, su ardiente simpatía por los principios y héroes de la *Commune*» (M. Bakunin, *El socialismo e Mazzini*, ed. cit., pág. 9).

ganizados —número mayor que el que se creía necesario para lograr la victoria completa sobre el enemigo—, el partido tiene una burocracia que con respecto a su celo, su conciencia de los deberes y su sumisión a la jerarquía rivaliza con el propio Estado; las arcas están llenas,³ una ramificación compleja de intereses financieros y morales se expande por todo el país. Una táctica audaz y emprendedora podría poner en peligro todo esto: comprometer la obra de muchos años, la existencia social de miles de líderes y sublíderes, y a todo el partido. Por estas razones, la idea de esa táctica se hace cada vez más desagradable. Choca también con un sentimentalismo injustificado y un egoísmo justificado. Se le opone el amor del artista por la obra que ha creado con tanto trabajo, y también el interés personal de miles de trabajadores, cuya vida política está tan íntimamente vinculada a la vida del partido y que tiemblan ante la idea de per-

³ En el año 1906 los fondos totales de los gremios alemanes llegaban a unos 16 millones de marcos. El gremio más rico, el de los tipógrafos componedores, acumulaba fondos que llegaban a 4.374.013 marcos. Luego venían el de los ladrilleros, con 2.091.681 marcos; el gremio metalúrgico, con 1.543.352 marcos, y el gremio de los carpinteros, con 1.452.215 marcos (Karl Kautsky, «Der neue Tarif der Buchdrucker», *Neue Zeit*, año XXV, vol. I, n° 4, pág. 129). Desde entonces, a pesar de los años de crisis y su clamor excepcional por pago de desocupación, la situación financiera de los gremios se hizo todavía más fuerte. En 1909 los tipógrafos poseían 7.929.257 marcos; los ladrilleros, 6.364.647 marcos; los metalúrgicos, 6.248.251 marcos; los carpinteros, 3.434.314 marcos (*Statistisches Jahrbuch für das deutsche Reich*, 1910, año XXXI, págs. 376-7). Esta fortuna tiene gran importancia para los fines defensivos, pero su valor para propósitos ofensivos es muy pobre. Sería totalmente absurdo que los gremios emprendieran la política de reunir fondos con la esperanza de derrotar así al capitalismo. En Alemania hay centenares de capitalistas cuyas arcas privadas suman cantidades que exceden a las de todos los gremios reunidos. Además, en el sistema actual de depósitos de ahorro en bancos privados, los dividendos de este capital acumulado arrojan beneficios no para los gremialistas, sino para los enemigos de la clase trabajadora, que son accionistas de estos bancos, de manera tal que los fondos de los gremios «en última instancia son empleados contra el movimiento laborista» (Bruno Buchwald, «Die Gewerkschaftsbank», *Die neue Gesellschaft*, año III, fasc. X). Los fondos de los gremios ayudan, pues, a fortalecer a sus propios adversarios. Por esta razón existe entre los gremialistas, desde hace mucho tiempo, la intención de crear un banco propio.

der su empleo, y ante las consecuencias que tendrían que enfrentar si el gobierno disolviera el partido, como bien podría ocurrir en caso de guerra.

Así, en lugar de ser un medio, la organización se ha transformado en un fin. En los últimos tiempos se atribuye más importancia a las instituciones y cualidades establecidas al principio sólo para lograr un buen funcionamiento de la máquina partidaria (la subordinación, la cooperación armónica de los miembros individuales, las relaciones jerárquicas, la discreción, la corrección de la conducta), que a la productividad de la máquina. De allí en adelante la única preocupación es evitar todo lo que pueda trabar a la maquinaria. Si el partido fuera atacado tendría que abandonar las valiosas posiciones conquistadas, y renunciaría pronto a sus antiguos derechos antes que responder a la ofensiva del enemigo con métodos que pudieran «comprometer» su situación. Naumann escribe con sarcasmo: «El grito de guerra “¡Proletarios de todos los países, uníos!” tuvo el efecto debido. Las huestes del proletariado organizado lograron una fuerza que nadie creía posible cuando aquel grito de guerra sonó por primera vez. Hay dinero en las arcas. ¿Nadie dará jamás la señal para el asalto final. . .? ¿Ha de proseguir indefinidamente la labor de organización preliminar?».⁴ A medida que crece la necesidad de tranquilidad por parte del partido, se atrofia su garra revolucionaria. Hoy tenemos un partido bonitamente conservador que sigue empleando una terminología revolucionaria (pues el efecto sobrevive a la causa), pero que en la práctica real no desempeña otra función que no sea la de una oposición constitucional.

Todo esto se ha apartado mucho de las ideas de Karl Marx, quien, si viviera todavía, sería el primero en rebelarse contra tal degeneración del marxismo. Sin embargo, es muy probable que tampoco encontrara nada que decir para reprochar tamaña traición a sus propios principios, impresionado ante el espectáculo de un ejército de tres millones de hombres que actúan en su nombre, y que juran en las ocasiones solemnes *in verba magistri*. Durante la vida de Marx hubo incidentes que justifican esta conjetura. Es in-

⁴ Friedrich Naumann, «Das Schicksal des Marxismus», *Hilfe*, 11 de octubre de 1908, pág. 657.

dudable que sabía cerrar los ojos, al menos en público, ante las graves faltas cometidas por la democracia social alemana en 1876.⁵

En nuestros días, que podríamos llamar la época de los epígonos de Marx, el carácter del partido como organización siempre ávida de nuevos miembros, siempre anhelante por obtener una mayoría absoluta, se combina con la condición de debilidad en que se encuentra frente al Estado para realizar el cambio gradual de la antigua meta —demoler el Estado existente— por el nuevo objetivo —introducir en el cuerpo del Estado los hombres y las ideas del partido—. La lucha emprendida por los socialistas contra los partidos de las clases dominantes ya no es de principios, sino simplemente de competencia. El partido revolucionario se ha transformado en un rival de los partidos burgueses por la conquista del poder. Por eso abre sus puertas a todos aquellos que puedan ayudarlo a alcanzar este objetivo, o que puedan simplemente engrosar sus batallones para la lucha en que está empeñado. Con la modificación necesaria, bien podríamos aplicar al partido socialista internacional las palabras que De Maupassant puso en boca del *Neveu de l'oncle Sosthène* para describir la esencia de la francmasonería francesa: «En lugar de destruirla organizáis la competencia; eso reduce los precios, nada más. Y luego, si no admitierais librepensadores entre vosotros, lo comprendería, pero admitís a todos. Tenéis católicos *en masse*; aun jefes del partido. Pío IX fue uno de los vuestros antes de llegar a Papa. Si llamáis ciudadela contra el clericalismo a una sociedad compuesta de esta manera, pienso que vuestra ciudadela es débil. . . ¡Oh, sí, sois embusteros! Si me decís que la masonería francesa es una fábrica de elecciones estaré de acuerdo con vosotros; no negaré que sirve como una máquina para la elección de candidatos de todas clases; convendré en que no tiene otra función más que transformar en tontos a los buenos; que los regimenta para enviarlos a las urnas como soldados al frente; y, si me decís que es útil porque hace de cada uno de sus miembros un agente electoral, gritaré: “¡Está tan claro como el día!” Pero

⁵ Karl Kautsky, prefacio a «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei» (1875), de Karl Marx, *Neue Zeit*, año IX, vol. I, págs. 568 y sigs.

si sostenéis que sirve para aplacar el espíritu monárquico, me reiré en vuestras barbas».⁶

De esta manera, la aversión del partido se dirige no contra quienes se oponen a sus opiniones respecto del orden mundial, primordialmente, sino contra los temidos rivales en el campo político, contra quienes compiten por el mismo fin: el poder. Esta característica se manifiesta más plenamente, por sobre todo, durante la agitación electoral promovida por los partidos socialistas cuando han alcanzado lo que llaman «madurez política». El partido ya no procura luchar contra sus adversarios, sino sólo ganarles. Por esta razón observamos una reiteración continua, en los discursos socialistas, de una prédica que mal conviene a los principios socialistas, y que a menudo es falaz en los hechos. No son los nacionalistas —dicen—, sino que somos nosotros, los mejores patriotas; no los hombres del gobierno, sino nosotros, los mejores amigos de los modestos empleados públicos [en Italia] o de los campesinos [en Alemania]; etc. Evidentemente, entre los gremios de diverso matiz político, cuyo propósito primordial es conquistar el mayor número posible de nuevos miembros, la nota competitiva será destacada todavía más. Esto es especialmente aplicable a los llamados «gremios libres» de Alemania, organismos de filiación neutral que por principio tienen horror a toda definición respecto de opiniones políticas o concepciones del orden mundial, y que por eso sólo son distinguibles por su nombre (fuera de algunas diferencias terminológicas insignificantes) de los gremios cristianos. Si estudiamos los discursos y los escritos polémicos dirigidos por los líderes de los gremios libres contra los líderes de los gremios cristianos, encontramos que esos discursos y esos escritos no contienen declaración alguna de principios ni exposiciones teóricas, sino simples críticas y acusaciones personales, y por sobre todo, acusaciones de traición a la causa de los trabajadores. Es evidente que esos no son sino los medios vulgarmente empleados por los competidores que quieren quedarse con los clientes del otro.

Con esos métodos no sólo sacrifica el partido su virginidad política, sino que entra en relaciones promiscuas con

⁶ Traducido de Guy de Maupassant, *Mademoiselle Fifi*, París: Libr. Ollendorff, 1907, pág. 69.

los elementos políticos más heterogéneos —relaciones que en muchos casos tienen consecuencias desastrosas y duraderas— y se expone también al riesgo de perder su carácter esencial como partido. El término «partido» presupone que entre los componentes individuales de este debe existir una dirección armónica de voluntades hacia objetivos y metas prácticas idénticos. Si falta esto, el partido se transforma en una mera «organización».

2. La democracia y la ley de hierro de la oligarquía

En tanto que la mayoría de las escuelas socialistas creen que en un futuro más o menos remoto será posible alcanzar un orden democrático auténtico, y mientras gran parte de quienes aceptan las opiniones políticas aristocráticas consideran que la democracia, aunque peligrosa para la sociedad, es al menos realizable, encontramos en el mundo científico la tendencia conservadora de quienes niegan resueltamente y para siempre que exista esa posibilidad. Como lo he demostrado en un capítulo anterior,¹ esta tendencia es particularmente intensa en Italia, donde la encabeza un hombre con significación, Gaetano Mosca. Este declara que no es posible un orden social muy desarrollado sin una «clase política», es decir, una clase políticamente dominante: la clase de una minoría. Quienes no creen en el dios de la democracia nunca se cansan de afirmar que ese dios es el fruto de una facultad infantil mítica y afirman que todas las frases que representan la idea del gobierno de las masas —términos tales como Estado, derechos cívicos, representación popular, nación— describen simplemente un principio legal, y no corresponden a hechos reales. Afirman que las luchas constantes entre la aristocracia y la democracia, si nos atenemos a la historia, nunca fueron sino luchas entre una antigua minoría que defendía su predominio real y una minoría nueva y ambiciosa dirigida a la conquista del poder, y que procuraba fundirse con la anterior, o destronarla y reemplazarla.

De conformidad con tales teorías, estas luchas de clases no fueron más que luchas entre minorías sucesivamente dominantes. Las clases sociales que emprenden, ante nuestros ojos, batallas gigantescas sobre el escenario de la histo-

ria, batallas cuyas últimas causas hemos de encontrarlas en antagonismos económicos, podrían así ser comparables a dos grupos de bailarines que ejecutaran *chassé croisé* en una cuadrilla. La democracia tiene una preferencia típica por la solución autoritaria de cuestiones importantes. Ambiciona a un tiempo el esplendor y el poder. Cuando los ciudadanos ingleses conquistaron sus libertades, adoptaron como ambición máxima tener una aristocracia. Gladstone declaró que el amor del pueblo inglés por sus libertades era igualado sólo por su amor a la nobleza. Del mismo modo cabría decir que es motivo de orgullo para los socialistas demostrarse capaces de mantener una disciplina que aunque es, en cierta medida, voluntaria, es asimismo índice de sumisión de la mayoría a las órdenes impartidas por la minoría o, al menos, al reglamento impuesto por la minoría en obediencia a las instrucciones de la mayoría. Vilfredo Pareto ha llegado a recomendar el socialismo como medio favorable para la creación de una nueva élite de la clase trabajadora, y considera que el coraje con que los líderes socialistas hacen frente a los ataques y la persecución es un signo de su vigor, y primera condición requerida para formar una nueva «clase política».² La *théorie de la circulation des élites*, de Pareto, ha de ser aceptada, sin embargo, con muchas reservas, pues en casi todos los casos no es un simple reemplazo de un grupo de élites por otro, sino un proceso continuo de mezcla, donde los antiguos elementos atraen, absorben y asimilan a los nuevos de manera incesante.

Este fenómeno quizás haya sido reconocido antes, en la medida en que la *circulation des élites* ocurría dentro de los límites de una única gran clase social y en un plano político. En aquellos estados donde prevalece un gobierno representativo, la oposición constitucional no procura otra cosa que esa circulación. En Inglaterra, por ejemplo, la oposición tiene la misma estructura simple y resistente que el partido en cuyas manos están las riendas del gobierno; su programa es formulado con claridad y dirigido hacia fines puramente prácticos e inmediatos; su disciplina es total, y la conducen sujetos carentes de profundidad teórica pero dotados de talento estratégico; todas sus energías están enca-

² Vilfredo Pareto, *Les systèmes socialistes*, ed. cit., vol. I, págs. 62 y sigs.

¹ Cf. *supra*, vol. I, pág. 86.

minadas a derribar al gobierno, a tomar las riendas del poder en sus propias manos, en tanto que en otros aspectos deja las cosas exactamente como están; en una palabra, procura sustituir una camarilla de las clases dominantes por otra. Tarde o temprano la competencia entre las diversas camarillas de las clases dominantes termina en una reconciliación que obedece a la tendencia instintiva de conservar el dominio sobre las masas compartiéndolo entre ellas. La opinión más generalizada sostiene que como resultado de la Revolución Francesa o, en todo caso, de la Tercera República, el antiguo orden fue totalmente suprimido —en el aspecto social— en Francia. Esta concepción es por completo errónea. En el presente año de gracia encontramos que la nobleza francesa está representada en los regimientos de caballería y en el servicio diplomático republicano en una medida desproporcionada con su fuerza numérica; y aunque en la cámara francesa no existe, como en Alemania, un partido declaradamente conservador de la nobleza, comprobamos que, de 584 diputados, no menos de 61 pertenecen a la vieja aristocracia (*noblesse d'épée* y *noblesse de robe*).

Como ya hemos dicho, no es en modo alguno nueva la teoría de que un grupo social directivo sea absolutamente esencial. Gaetano Mosca, el más destacado de los sustentadores actuales de esta concepción sociológica y, con Vilfredo Pareto, su exponente más capaz y más autorizado, mientras disputa la prioridad con Pareto, reconoce como precursores a Hippolyte Taine y Ludwig Gumplowicz.³ Un hecho menos conocido, pero no menos interesante, es que a los principales progenitores intelectuales de la teoría de Mosca hemos de encontrarlos entre los miembros de la escuela contra la cual estos autores dirigieron muy especialmente sus ataques; es decir, entre los pensadores socialistas, y en particular entre los primeros socialistas franceses. En su obra descubrimos el germen de una doctrina elaborada recientemente por Mosca y Pareto hasta hacer de ella un sistema sociológico. La escuela de Saint-Simon, mientras afirma que el concepto de clase dejará de caracterizarse alguna vez por atributos económicos, no concibe un futuro sin dis-

³ Gaetano Mosca, «Piccola polemica», *Riforma Sociale*, año XIV, vol. XVII, fasc. 4.

tinciones de clase. Los sansimonianos soñaban con la creación de una nueva jerarquía, que habría de estar fundada no sobre privilegios de cuna, sino sobre privilegios adquiridos. Esta clase congregaría a «los más vitales, los más inteligentes y los más fuertes: la personificación viviente del triple avance de la sociedad», seres «aptos para dirigirla hacia los horizontes más amplios».⁴ A la cabeza de su estado socialista, los sansimonianos querían colocar a quienes llamaban *hommes généraux*, que serían capaces de indicar a cada persona su *quantum* de trabajo social, habida cuenta de sus aptitudes individuales especiales en esa materia; aquí es obvio que todo dependería de la discreción de esos superhombres.⁵ Uno de los prosélitos más fervorosos de Saint-Simon, abogado entusiasta de la *nouvelle dynastie*, obligado a defenderse de la acusación de que su doctrina abría las puertas al despotismo, no vaciló en declarar que la mayoría de los seres humanos debían obedecer las órdenes de los mejor dotados; afirmaba que debían hacerlo no sólo por amor a Dios, sino también por egoísmo personal y en última instancia porque el hombre, aun cuando pudiera vivir en el aislamiento, siempre necesitaría alguna forma de apoyo exterior. La necesidad de impartir órdenes, por una parte, y la necesidad de cumplirlas, por la otra, tienen justificación metafísica. Esa autoridad sólo sería «transformación política del amor que une a todos los hombres en Dios. ¿Acaso preferís la independencia patética que hoy aísla los sentimientos, las opiniones y los esfuerzos y que, bajo un nombre pomposo, no es más que egoísmo acompañado de todos los hábitos que engendra?».⁶ El sistema sansimoniano es autoritario y jerárquico, de cabo a rabo. Los discípulos de Saint-Simon no se sorprendieron ante el cesarismo de Napoleón III: casi todos ellos lo aceptaron con gozo, imaginando que encontrarían en él principios de socialización económica.

La escuela de Fourier fue aún más lejos. Con riqueza de detalles que rayaban en la pedantería y mostraban más de

⁴ Traducido de E. Barrault, «La hierarchie, in religion saint-simonienne», *Recueil et Prédications, Aux bureaux du Globe*, París, 1832, vol. 1, pág. 196.

⁵ *Œuvres de Saint-Simon et Infantin*, vol. XLI, *Doctrines Saint-Simoniennes*, Exposition par Bozard, París: Leroux, 1877, pág. 275.

⁶ *Ibid.*

un rasgo grotesco, Fourier elaboró un sistema vasto y complejo. Hoy no podemos disimular una sonrisa cuando estudiamos las tablas que trazó para describir su «jerarquía esférica», que consistía en un millar de grados y abarcaba todas las formas posibles de dominio, desde la «anarquía» hasta la «omniarquía», cada una de las cuales tenía sus *hautes dignités* especiales y sus propias *hautes fonctions*.⁷ Sorel ha demostrado muy bien que el socialismo de los días anteriores a Louis Blanc estuvo íntimamente relacionado con la era napoleónica, de manera tal que las utopías de Saint-Simon y de Fourier no podían vivir y prosperar en otro terreno que no fuera el abonado por la idea de autoridad, a la cual el gran corso había dado nuevo esplendor.⁸ Según Berth, todo el sistema de Fourier presupone la ubicuidad invisible, pero real e indispensable, del propio Fourier, pues sólo él —el Napoleón, por así decirlo, del socialismo— sería capaz de activar y armonizar las diversas pasiones de la humanidad.⁹ Los socialistas de la época siguiente, y sobre todo los socialistas revolucionarios, aunque no negaban la posibilidad de un gobierno democrático de la mayoría en un futuro lejano, rechazaban rotundamente que ese gobierno pudiera existir en el momento actual y concreto. Bakunin se oponía a toda participación de la clase trabajadora en las elecciones. Estaba convencido de que en una sociedad donde el pueblo, la masa de los asalariados, está bajo el dominio económico de una mayoría que consiste en poseedores, el más libre de los sistemas electorales no puede ser sino una ilusión. Quien habla de poder, habla de dominio, y todos los dominios presuponen la existencia de una masa dominada.¹⁰ La democracia llega a ser considerada como el peor de todos los regímenes burgueses. Proudhon dijo que la república, que se nos presenta como la forma más elevada de democracia burguesa, posee en grado superlativo ese espíritu fanático, ese celo minucioso y auto-

⁷ Ferdinand Guillon, *Accord des principes. Travail des écoles socialistes. Charles Fourier*, París: Libr. Phalanst., 1850, pág. 97.

⁸ Prefacio de Georges Sorel al trabajo de Ferdinand Pelloutier, *Histoire des Bourses du Travail*, ed. cit., págs. 7 y sigs.

⁹ Edouard Berth, «Marchands, intellectuels et politiques», *Mouvement Socialiste*, año IX, n° 192, pág. 385.

¹⁰ Traducido de Bakunin, *L'empire knouto-germanique et la révolution sociale*, ed. cit., vol. II, pág. 126.

ritario (*zèle gouvernemental*) que cree que puede atreverse a todo con impunidad, y está siempre dispuesto a justificar sus actos despóticos con el pretexto conveniente de haberlos realizado para bien de la república y del interés general. Aun la revolución política no significa más que *un déplacément de l'autorité*.¹¹

La única doctrina científica que puede enorgullecerse de formular una réplica efectiva a todas las teorías, antiguas o nuevas, que afirmaban la necesidad inmanente de la existencia perenne de la «clase política», es la doctrina marxista. En esta doctrina, el Estado se identifica con la clase gobernante: identificación de la cual Bakunin, discípulo de Marx, extraía las consecuencias extremas. El Estado no es más que la comisión ejecutiva de la clase gobernante o, para citar la expresión de un neomarxista reciente, el Estado no es más que «un gremio creado para defender los intereses de quienes constituyen el poder». ¹² Es evidente que esta teoría se parece mucho a la teoría conservadora de Gaetano Mosca. Este, partiendo de un estudio de los mismos síntomas, deduce en verdad una prognosis similar, pero calla las lamentaciones y las recriminaciones por un fenómeno que, a la luz de sus opiniones políticas generales, no sólo considera inevitable, sino realmente ventajoso para la sociedad. Aristide Briand, en la época en que era miembro activo del partido socialista y antes de haber llegado a primer ministro del «Estado clasista», llevó la noción marxista del Estado a sus últimos límites, al recomendar a los obreros que abandonaran las luchas económicas aisladas y locales, para no disipar sus energías en huelgas parciales, y emprendieran unidos un ataque contra el Estado, en la forma de una huelga general, pues, decía, «no puedes herir a la burguesía con tus armas si no atacas al Estado». ¹³

Cuando la teoría marxista del Estado se une a la fe en la energía revolucionaria de la clase trabajadora y en los efectos democráticos de la socialización de los medios de producción, lleva lógicamente a la idea de un nuevo orden so-

¹¹ Proudhon, *Les confessions d'un révolutionnaire*, ed. cit., pág. 24.

¹² Angelo Oliviero Olivetti, *Problema del socialismo contemporaneo*, Lugano: Canoni, 1906, pág. 41.

¹³ Aristide Briand, *La grève générale et la révolution*, discurso publicado en 1907, París: Girard, pág. 7.

cial, que parecía utópico a la escuela de Mosca. De acuerdo con los marxistas, el modo capitalista de producción transforma a la gran mayoría de la población en proletarios, y así cava su propia fosa. En cuanto alcance la madurez, el proletariado tomará el poder político y transformará inmediatamente la propiedad privada en propiedad estatal. «De esta manera se eliminará a sí mismo, pues pondrá fin a todas las diferencias sociales y, en consecuencia, a todos los antagonismos de clase. En otras palabras, el proletariado anulará al Estado en lo que tiene de Estado. La sociedad capitalista, dividida en clases, tiene necesidad del Estado como organización de la clase gobernante, cuyo propósito es mantener el sistema capitalista de producción en su propio interés y para realizar la explotación permanente del proletariado. Por consiguiente, poner fin al Estado es sinónimo de poner fin a la existencia de la clase dominante».¹⁴ Pero la nueva sociedad colectivista, la sociedad sin clases, que se levantará sobre las ruinas del antiguo Estado, también necesitará elementos electivos. Cabe decir que con la adopción de las leyes preventivas formuladas por Rousseau en *Le contrat social*, y reproducidas después por los revolucionarios franceses en la *Déclaration des Droits de l'Homme*, sobre todo por la aplicación estricta del principio según el cual todas las funciones tendrán carácter revocable, la actividad de esos representantes podrá estar limitada dentro de márgenes rigurosos.¹⁵ No es menos cierto que la riqueza social no puede ser administrada en forma satisfactoria sino mediante la creación de una burocracia numerosa. Todo esto nos conduce, por una lógica inevitable, a la negación categórica de la posibilidad de un Estado sin clases.

La administración de un capital inmensamente grande, sobre todo cuando este capital es de propiedad colectiva, da a los administradores una influencia al menos igual a la

¹⁴ Friedrich Engels, *Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft*, Berlín: Buchhandlung Vorwärts, 4ª ed., 1891, pág. 40.

¹⁵ Muchos creyeron con Hobson («Boodle and Cant», ed. cit., págs. 587 y 590) que el Estado socialista requerirá un número mayor de líderes, incluso líderes políticos, que ningún otro Estado que haya existido hasta ahora. Bernstein declara que el organismo administrativo de la sociedad socialista durante mucho tiempo diferirá muy poco del Estado existente (Eduard Bernstein, *Zur Geschichte...*, ed. cit., pág. 212).

que tenían los poseedores privados del capital. En consecuencia, las críticas anticipadas del orden social marxista se preguntan si el instinto que hoy lleva a los miembros de las clases pudientes a transmitir a sus hijos las riquezas que ellos (los padres) han amasado no existiría también entre los administradores de la riqueza pública del Estado socialista, y si esos administradores no utilizarían su inmensa influencia para asegurar que sus hijos hereden las funciones por ellos desempeñadas.

La constitución de la nueva minoría dominante, además, estaría especialmente facilitada por la forma en que, según la concepción marxista de la revolución, ha de realizarse la transformación social. Marx sostiene que el período entre la destrucción de la sociedad capitalista y el establecimiento de la sociedad comunista estaría cubierto por un período de transición revolucionaria en el campo económico, al que correspondería un período de transición política, «cuando el Estado no pudiera ser sino la dictadura revolucionaria del proletariado».¹⁶ Para enunciar esto con menos eufemismos, la dictadura estará entonces en manos de aquellos líderes lo bastante astutos y poderosos como para apoderarse del cetro del dominio en nombre del socialismo, arrebatándolo de las manos de la moribunda sociedad burguesa.

También el programa mínimo del partido republicano de Mazzini prefiguró una dictadura revolucionaria, y esto llevó a la ruptura entre la joven Italia y los elementos socialistas de los carbonarios. Filippo Buonarroti, el florentino, amigo y biógrafo de Gracchus Babeuf, hombre que desempeñó un papel heroico en la Revolución Francesa¹⁷ y tuvo oportunidad de observar, al mismo tiempo, la forma en que los revolucionarios victoriosos conservaban la desigualdad y procuraban fundar una nueva aristocracia, resistió con todas sus fuerzas el plan de concentrar el poder de los carbonarios en las manos de un solo individuo. Entre las razones teóricas que adujo contra esta concentración, la principal fue que la dictadura individual era sólo una etapa en la marcha hacia la monarquía. Contra Mazzini y sus amigos,

¹⁶ Karl Marx, «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei», *Waffenkammern des Sozialismus*, 10ª vol. semestral, Francfort del Meno, 1908, pág. 18.

¹⁷ Filippo Buonarroti, *Conspiration pour l'égalité, dites de Babeuf*, Bruselas, 1828. Cf. esp. pág. 48.

Buonarroti objetaba que todos los cambios políticos que aquellos procuraban tenían un carácter puramente formal, sólo perseguían la satisfacción de sus necesidades personales y, por sobre todo, adquirir y ejercer una autoridad sin restricciones. Por esta razón, Buonarroti se opuso al alzamiento aislado que organizó Mazzini en 1833, y emitió un decreto secreto por el cual prohibía a sus camaradas entre los carbonarios que prestaran ayuda a los insurgentes, cuyo triunfo —decía— no puede dejar de dar origen a la creación de una nueva aristocracia ambiciosa. «La república ideal de Mazzini —escribió— difiere de la monarquía sólo en este aspecto: tiene una mínima dignidad y un máximo de jerarquía electiva». ¹⁸

Hay poca diferencia entre la dictadura individual y la dictadura de un grupo de oligarcas en lo que a resultados prácticos se refiere. Hoy vemos que el concepto de *dictadura* es la antítesis del concepto de *democracia*. El intento de hacer que la dictadura sirva a los fines de la democracia es equivalente al esfuerzo por utilizar la guerra como medio más eficiente para la defensa de la paz, o emplear el alcohol en la lucha contra el alcoholismo. ¹⁹ Lo más probable es que el grupo social que haya conquistado el control de los instrumentos del poder colectivo haga todo lo que esté a su alcance para conservar ese dominio. Teofrasto advirtió hace mucho tiempo que los deseos más intensos de los hombres llegados al liderazgo, en estados de gobierno popular, no eran tanto el adquirir riqueza personal como el establecimiento paulatino de su propia soberanía a expensas de la soberanía popular. ²⁰ El peligro es inminente a menos que la revolución social reemplace a las clases dominantes visibles y tangibles que hoy existen y actúan abiertamente, mediante una oligarquía demagógica clandestina, que persiga sus metas bajo un disfraz de igualdad.

¹⁸ Giuseppe Romano-Catania, *Filippo Buonarroti*, 2ª ed., Palermo: Sandron, 1902, págs. 211-2, 213, 218 y 228.

¹⁹ «Se repite continuamente el sueño del marqués Posa, de Schiller (en *Don Carlos*), quien procura hacer del absolutismo el instrumento de liberación; o el sueño del dulce abate Pierre (en *Rome*, de Zola), quien quiere utilizar a la Iglesia como una palanca para llegar al socialismo» (Kropotkin, *Die historische Rolle des Staates*, Berlín: Grunau, 1898, pág. 52).

²⁰ Labruyère, *Caractères*, ed. cit., pág. 28.

La doctrina económica marxista y la filosofía marxista de la historia no pueden dejar de ejercer una gran atracción sobre los pensadores; pero los defectos del marxismo son evidentes en cuanto entramos al terreno práctico de la administración y la ley pública (para no hablar de los errores en el campo psicológico y aun en esferas más elementales). Dondequiera que la teoría socialista ha procurado dar garantías a la libertad personal, o se ha extraviado en lo nebuloso del anarquismo individualista, o ha formulado propuestas (indudablemente contradictorias con las intenciones excelentes de sus autores) que no podían dejar de esclavizar al individuo a la masa. He aquí un ejemplo: para lograr que la literatura de la sociedad socialista sea elevada y moral, y para excluir *a priori* todos los libros licenciosos, August Bebel propuso la designación de una comisión de expertos que decidiera cuáles cosas podían y cuáles cosas no podían ser impresas. A fin de obviar todo peligro de injusticia y asegurar la libertad de pensamiento y de expresión, Bebel agregaba que cada autor debía tener el derecho de apelar ante la colectividad. ²¹ Es innecesario señalar lo impracticable de este propósito, consistente en que los libros sobre los que se planteaba apelación, por voluminosos que fueran, debían ser impresos y distribuidos al público en general, con el objeto de que este decidiera ¡si eran o no aptos para ser publicados!

El problema del socialismo no es sólo un problema económico. En otras palabras, el socialismo no procura simplemente determinar en qué medida es posible realizar una distribución de la riqueza que sea al mismo tiempo justa y económicamente productiva. El socialismo es también un problema de administración, un problema de democracia, y esto no sólo en las esferas técnica y administrativa, sino también en la esfera de la psicología. El problema individualista resulta el más difícil de todos, en ese complejo de cuestiones que el socialismo procura resolver. Rudolf Goldscheid, quien busca un renacimiento del movimiento socialista mediante el fortalecimiento de sus elementos más energéticos, advierte con gran acierto respecto del peligro que enfrenta el socialismo, por brillante que sea su resolución

²¹ A. Bebel, *Die Frau und der Sozialismus*, 34ª ed., Stuttgart: J. H. W. Dietz Nachf., 1903, pág. 423.

de los problemas de la organización económica. Si el socialismo —dice— deja de estudiar el problema de los derechos individuales, el conocimiento individual y la voluntad individual, habrá de naufragar, por su comprensión defectuosa del significado de la libertad para la ulterior evolución de nuestra especie; sufrirá un derrumbe no menos desastroso que el de las primeras concepciones de reforma mundial: cegadas por el esplendor de su visión, estas ignoraron las fuentes luminosas individuales que se combinan para producirlo.²²

El joven partido laborista alemán aún no había logrado desprenderse de la democracia burguesa, ni a costa de cruentas luchas, cuando uno de sus más sinceros amigos llamó la atención hacia ciertos peligros urgentes. En una carta abierta a la comisión de Leipzig de la *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*, Rodbertus previene: «Os estáis apartando de un partido político porque, como suponéis con razón, este partido político no representa en forma adecuada vuestros intereses sociales; pero hacéis esto para fundar un nuevo partido político. ¿Quién os dará garantías contra el peligro de que en este nuevo partido los adversarios de vuestra clase (*die anti-sozialen Elemente*) conquisten algún día el cetro?».²³ En esta observación, Rodbertus toca la esencia misma del partido político. Un análisis de los elementos que entran en la composición de un partido demostrará la justicia perfecta de su crítica. Un partido no es una unidad social ni una unidad económica: está basado sobre su programa; en teoría, este programa puede ser la expresión de los intereses de una clase particular. En la práctica, no obstante, cualquiera puede afiliarse a un partido, coincidan o no sus intereses con los principios enunciados en el programa partidario. El partido socialista, por ejemplo, es el representante ideológico del proletariado. Esto, sin embargo, no lo transforma en un organismo de clase.

Desde el punto de vista social es una mezcla de clases, compuesta de elementos que cumplen diversas funciones en el proceso económico; pero puesto que el programa tiene

²² Rudolf Goldscheid, *Grundlinien zu einer Kritik de Willenskraft*, Viena y Leipzig: W. Braumüller, 1905, pág. 143.

²³ Rodbertus, «Offener Brief...», en *Politische Reden u. Schriften*, de F. Lassalle, ed. cit., vol. II, pág. 15.

un origen clasista, el partido adquiere una ostensible unidad social. Todo socialista en cuanto tal, sea cual fuere su posición económica en la vida privada, admite en teoría la preeminencia absoluta de una gran clase: el proletariado. Aquellos afiliados al partido que no son proletarios, y los que sólo son proletarios parciales, «adoptan los puntos de vista de la clase trabajadora, y reconocen que esta clase predomina».²⁴ Cabe presuponer tácitamente que aquellos miembros de un partido que no pertenecen a la clase que ese partido representa renunciarán a sus intereses personales cuando estos choquen con los intereses de la clase proletaria. En principio, los elementos heterogéneos se subordinarán a la «idea» de una clase a la que ellos no pertenecen. Hasta aquí, la teoría. En la práctica, la aceptación del programa no es suficiente para abolir el conflicto de intereses entre el capital y el trabajo. Entre los miembros que pertenecen a estratos sociales más altos, afiliados a la organización política de la clase trabajadora, habrá algunos que querrán saber, cuando llegue la ocasión, cómo sacrificarse, y que serán capaces de despojarse de la clase. La mayoría de esas personas, no obstante, a pesar de su comunión exterior de ideas con el proletariado, continuará cultivando intereses económicos opuestos a los de este. Hay, en realidad, un conflicto de intereses, y la decisión en este conflicto estará determinada por la relación de los intereses respectivos con las necesidades principales de la vida. En consecuencia, no es imposible que pueda surgir un conflicto económico entre los miembros burgueses y los miembros proletarios del partido, y a medida que este conflicto se extienda culminará en disensiones políticas. Los antagonismos económicos estorban a la superestructura ideológica. El programa se transforma en letra muerta, y bajo el estandarte del «socialismo», y en el seno del partido, se desencadena una verdadera lucha de clases. Sabemos por experiencia que en su conducta hacia otras personas, en sus ocupaciones, los socialistas burgueses no siempre subordinan los intereses propios a los de su clase adoptiva. Cuando el partido incorpora entre sus miembros a dueños de fábricas y talleres, cabe advertir que estos, a pesar de su buena volun-

²⁴ Eduard Bernstein, «Wird die Sozialdemokratie Volkspartei?», *Sozial. Monatshefte*, agosto de 1905, pág. 670.

tad personal y de la presión ejercida sobre ellos por el partido, tienen el mismo conflicto económico con sus empleados que el de aquellos empleadores cuyas convicciones armonizan con su estatus económico y que no piensan como socialistas sino como burgueses.

Pero existe también otro peligro: el liderazgo del partido socialista puede caer en manos de personas cuyas tendencias prácticas se opongan al programa de la clase trabajadora, de manera tal que el movimiento laborista sea utilizado al servicio de intereses opuestos por completo a los del proletariado. Este peligro es bien notorio en aquellos países donde el partido de la clase trabajadora no puede prescindir de la ayuda y orientación de capitalistas que no dependen del partido; lo es menos allí donde el partido no tiene necesidad de esos elementos, o donde puede abstenerse de admitirlos en su liderazgo.

Cuando los líderes, ya sea provenientes de la burguesía o de la clase trabajadora, se vinculan como empleados al organismo partidario, su interés económico coincide, por lo general, con el interés del partido. Sin embargo, esto sirve para eliminar sólo en uno de sus aspectos el peligro; otro aspecto, más grave porque es más general, depende de la oposición que surge inevitablemente entre los líderes y la masa cuando el partido aumenta su fuerza. Considerado como una entidad, como pieza de un mecanismo, el partido no es forzosamente identificable con la totalidad de sus miembros, ni mucho menos con la clase a la que pertenecen. El partido fue creado como un medio para lograr un fin. No obstante, por haberse transformado en un fin en sí mismo, con metas e intereses propios, experimenta un distanciamiento de la clase que representa, desde un punto de vista teleológico. En un partido no es fácil que los intereses de las masas que se han combinado para constituirlo coincidan con los intereses de la burocracia que lo representa. Los intereses del organismo de empleados son siempre conservadores, y en una situación política dada estos intereses pueden dictar una política defensiva y aun reaccionaria cuando los intereses de la clase trabajadora reclaman una política audaz y agresiva; en otros casos, aunque raros, los papeles pueden estar cambiados. Por una ley social universalmente aplicable, todo órgano de la colectividad, nacido por la necesidad de la división del trabajo, crea para sí mis-

mo, tan pronto se consolida, intereses que le son peculiares. La existencia de estos intereses especiales supone un conflicto forzoso con los intereses de la colectividad. Pero no sólo eso; los estratos sociales que desempeñan funciones peculiares tienden a aislarse, a producir órganos aptos para la defensa de sus propios intereses. A la larga, tienden a transformarse en clases diferenciadas.

Los fenómenos sociológicos cuyas características generales hemos analizado en este capítulo y en los precedentes muestran muchos puntos vulnerables para los adversarios científicos de la democracia. Estos fenómenos parecerían demostrar, indiscutiblemente, que la sociedad no puede existir sin una clase «dominante» o «política», y que si bien los elementos de la clase gobernante están sujetos a una renovación parcial frecuente, constituyen, sin embargo, el único factor de eficacia perdurable en la historia del desarrollo humano. Según esta perspectiva, el gobierno, o mejor dicho el Estado, no puede ser sino la organización de una minoría. El propósito de esta minoría es imponer al resto de la sociedad un «orden legal», que es el fruto de las exigencias del dominio y de la explotación de la masa de ilotas por parte de la minoría gobernante, y que jamás podrá representar en forma auténtica a la mayoría; esta última es así permanentemente incapaz de autogobierno. Aun cuando el descontento de las masas culminara en el intento triunfante de despojar del poder a la burguesía, esto ocurre sólo en apariencia, según lo afirma Mosca; es forzoso que surja siempre de las masas una nueva minoría organizada que se eleve al rango de clase gobernante.²⁵ Así la mayoría de los seres humanos están predestinados, por la trágica necesidad de someterse al dominio de una pequeña minoría, a una condición de tutela permanente, y deben avenirse a constituir el pedestal de una oligarquía.

El principio de que una clase dominante sucede inevitablemente a otra (y la ley deducida de este principio, según

²⁵ Gaetano Mosca, *Elemente de scienza politica*, ed. cit., pág. 62. Entre los socialistas hay algunos —raros por cierto— que no niegan la verdad de este axioma. Uno de ellos es el profesor de Filosofía y diputado socialista de la cámara alta sueca, Gustaf F. Steffen, quien declara: «Aun después de la victoria seguirán existiendo los conductores y los conducidos en la vida política» (Steffen, *Die Demokratie in England*, Jena: Diederichs, 1911, pág. 59).

la cual esa oligarquía es, por así decirlo, una forma preordenada de la vida común de grandes conglomerados sociales), lejos de chocar con la concepción materialista de la historia o reemplazarla, completa esa concepción y la refuerza. No hay contradicción esencial entre la doctrina de que la historia es el registro de una serie continua de luchas de clases y la doctrina de que las luchas de clases invariablemente culminan en la creación de nuevas oligarquías, que llegan a fundirse con las anteriores. La existencia de una clase política no contradice el contenido esencial del marxismo, no considerado como dogma económico, sino como filosofía de la historia, pues en cada caso particular el dominio de una clase política surge como resultado de las relaciones entre las diferentes fuerzas sociales que compiten por la supremacía, si consideramos, por supuesto, dinámica y no cuantitativamente a esas fuerzas.

El socialista ruso Alexandre Herzen, cuyo mejor título permanente de significación aparece en el interés psicológico de sus escritos, declara que desde el día en que el hombre se volvió cómplice de la propiedad, y su vida, una lucha continua por el dinero, los grupos políticos del mundo burgués sufrieron una división en dos campos: los propietarios, que conservan tenazmente sus millones, y los desposeídos, que serían felices si pudieran despojar a aquellos, pero que carecen de poder para hacerlo. Así, la evolución histórica representa simplemente una serie ininterrumpida de oposiciones (en el sentido parlamentario de este término), «que llegan al poder una tras otra, y pasan de la esfera de la envidia a la esfera de la avaricia».²⁶

De esta manera, la revolución social no produciría cambio real alguno en la estructura interna de la masa. Pueden triunfar los socialistas, pero no el socialismo, que perecerá en el momento en que sus adherentes triunfen. Estamos tentados de hablar de este proceso como una tragicomedia donde las masas se conforman con dedicar todas sus energías a lograr un cambio de amos. A los obreros sólo les queda el honor «de participar en el reclutamiento del gobierno».²⁷ El resultado parece bastante malo, especialmente si

²⁶ Alexandre Herzen, *Erinnerungen*, traducción alemana de Otto Buck, Berlín: Wiegandt u. Grieben, 1907, vol. II, pág. 150.

²⁷ Félicien Challaye, *Syndicalisme révolutionnaire et syndicalisme réformiste*, París: Alcan, 1909, pág. 16.

tomamos en consideración el hecho psicológico de que aun el más puro de los idealistas que llega al poder por pocos años es incapaz de eludir la corrupción que el ejercicio del poder lleva consigo. En Francia, en círculos de la clase trabajadora, la frase es corriente: *homme élu, homme foutu*. La revolución social, como la revolución política, es equivalente a una oposición mediante la cual, como lo expresa el proverbio italiano: *Si cambia il maestro di cappella, ma la musica è sempre quella*.²⁸

Fourier define la sociedad moderna como un mecanismo donde prevalece la licencia individual más extrema, sin dar ninguna garantía al individuo contra la usurpación de la masa, o a la masa contra la usurpación del individuo.²⁹ La historia parece enseñarnos que ningún movimiento popular, por enérgico y vigoroso que sea, puede producir cambios profundos y permanentes en el organismo social del mundo civilizado. Los elementos preponderantes del movimiento, los hombres que lo conducen y lo alimentan, terminan por experimentar un distanciamiento gradual de las masas, y son atraídos hacia la órbita de la «clase política». Quizás aporten a esta clase cierto número de «ideas nuevas», pero también la dotan de mayor energía creadora y la enriquecen de inteligencia práctica, con lo cual dan a la clase gobernante una juventud siempre renovada. La «clase política» (para seguir usando la adecuada expresión de Mosca) sin duda tiene un sentido muy afinado de sus posibilidades y de sus medios de defensa. Despliega una notable fuerza de atracción y una potente capacidad de absorción; es raro que esta no ejerza influencia aun sobre el más hostil e irreconciliable de sus adversarios. Desde el punto de vista histórico, los antirrománticos tienen mucha razón cuando resumen su escepticismo en términos tan cáusticos como los siguientes: «¿Qué es una revolución? Las personas disparan tiros en una calle y eso rompe muchas ventanas: los únicos que sacan ventajas son los vidrieros. El viento barre el humo. Los que están arriba empujan hacia abajo a los demás . . . ¡Vale la pena padecer para sacar tantos buenos adoquines del pavimento, que de otra manera sería muy difícil mo-

²⁸ Cambia el director, pero la música siempre es la misma.

²⁹ Charles Fourier, *De l'anarchie industrielle et scientifique*, París: Libr. Phalanst., 1847, pág. 40.

ver!». ³⁰ O podríamos decir, siguiendo a la canción *Madame Angot*: «¡No vale la pena molestarse en cambiar el gobierno!». En Francia, el medio clásico de las teorías y experimentos sociales, ese pesimismo ha llegado a enraizar de la manera más profunda. ³¹

³⁰ Traducido de Théophile Gautier, *Les jeunes-France*, París: Charpentier, 1878, pág. XV.

³¹ La desilusión de los franceses en lo que a la democracia se refiere se remonta a la Revolución. Guizot declaraba que ese experimento terrible era suficiente «para provocar un rechazo eterno en el mundo que persigue la libertad, y para marchitar las más nobles esperanzas de la especie humana en su origen». (Traducido de F. Guizot, *Du gouvernement de la France*, ed. cit., pág. 165.)

3. La vida partidaria en tiempo de guerra

Nunca es más fuerte el poder del Estado, y nunca son menos eficaces las fuerzas de los partidos políticos de la oposición, que ante la declaración de una guerra. Esta guerra deplorabile llega como una tormenta nocturna, cuando todos, cansados por el trabajo del día, han caído rendidos en un apacible y bien merecido sueño; estalla en todo el mundo con violencia sin precedentes, y con completa falta de respeto por la vida humana y las creaciones eternas del arte, al punto de poner en peligro las piedras angulares de una civilización que tiene más de mil años. Una de las piedras angulares del materialismo histórico es que las clases trabajadoras de todo el mundo están unidas, como por eslabones de hierro, a través de la comunidad perfecta de intereses económico-sociales que poseen, frente a la burguesía; esta comunidad de intereses origina una estratificación horizontal de clases que atraviesa y reemplaza a la estratificación vertical de las naciones y las razas. En realidad, la mayor diferencia en la concepción de las clases económico-sociales y de las nacionalidades ético-lingüísticas que profesan los adherentes respectivos de las teorías nacionalistas y de las teorías del materialismo histórico es la siguiente: los primeros proponen la hipótesis de que el concepto de «nación» predomina moral y efectivamente sobre el concepto de «clase», en tanto que los últimos consideran que el concepto y la realidad de la «nación» están subordinados al concepto de «clase». En verdad, los marxistas creían que la conciencia de clase estaba impresa sobre la mentalidad del proletariado imbuido de teorías socialistas. La guerra desbarató esta teoría con un único y terrible golpe. El partido socialista alemán, el sector más fuerte, más rico y mejor organizado de la Internacional de la clase trabajadora, espíritu rector durante los últimos treinta años de esa Internacional, re-

pentina y enfáticamente declara su solidaridad total con el emperador de Alemania. No conocemos un solo caso, entre toda la masa proletaria, de rebelión moral contra la lucha que enrola a los socialistas para combatir en favor del imperialismo alemán, y los enfrenta con los camaradas de otros países. Indiscutiblemente, la táctica de los socialistas alemanes obedeció en gran parte a las tendencias oligárquicas que se manifiestan en los partidos políticos modernos, pues estos partidos, aun cuando tengan fines revolucionarios —y en realidad por esa misma causa, es decir, porque hacen la guerra contra el sistema estatal existente y quieren reemplazarlo por otro—, tienen necesidad de una vasta organización, cuya fuerza capital esté en una burocracia fidedigna y estable, con miembros bien pagados, y que tenga a su disposición arcas bien colmadas y un poderoso sistema periodístico.¹ Esta organización constituye un Estado dentro del Estado. Hoy las fuerzas partidarias, por bien desarrolladas que estén, siempre son inferiores y están subordinadas a las del gobierno, y esto es especialmente cierto en un país como Alemania. En consecuencia, uno de los principios cardinales que gobiernan la política del partido socialista es no dirigir jamás ataques al gobierno, más allá de los límites impuestos por la desigualdad entre las fuerzas respectivas de los combatientes. En otras palabras, la vida partidaria, cuya preservación ha llegado a ser paulatinamente el objetivo supremo de los partidos de acción política, no debe ser puesta en peligro. El resultado es que la forma externa del partido, su organización burocrática, llega a predominar sobre su espíritu, su contenido doctrinario y teórico, al que sacrifica cuando tiende a crear un conflicto inoportuno con el enemigo. La consecuencia de esta evolución regresiva es que el partido no aparece ya como un medio para alcanzar un fin, sino que gradualmente se convierte en un fin y se vuelve incapaz de resistir el ejercicio arbitrario del poder por el Estado, cuando este poder está inspirado por una voluntad enérgica.

¹ Al terminar el año 1913, la tesorería central de los gremios socialistas alemanes contabilizaba propiedades por valor de 88.069.295 marcos (4.400.000 libras), en tanto que los gremios locales independientes poseían 3.152.636 marcos (150.000 libras). Una rebelión contra el gobierno y su política exterior hubiera puesto en peligro estos fondos.

Inevitablemente, un partido no puede soportar una prueba tan terrible como es la de sostener su fe en los principios cuando el Estado, decidido por la guerra y resuelto a aplastar a quienquiera que se cruce en su camino, amenaza al partido, en caso de desobediencia, con la disolución de sus filiales, el secuestro de sus fondos y la ejecución de sus mejores hombres. El partido cede, abjura al punto de su espíritu internacionalista e, impelido por el instinto de conservación, se transforma en un partido patriótico. La guerra mundial de 1914 ha constituido la confirmación más efectiva de lo que el autor escribió en la primera edición de este libro con respecto al futuro de los partidos socialistas.

Esta tendencia natural del partido político moderno se robustece, en el caso particular que consideramos, por la decisión de los socialistas alemanes de apoyar a su gobierno en todo sentido, por su miedo y aversión al zarismo. Esta aversión invencible, sobre la que se basa el acuerdo general con que toda la democracia alemana aceptó la guerra, proviene no sólo del prejuicio tonto de que los eslavos pertenecen a una raza inferior, sino que es también la consecuencia de una teoría histórica especial, sustentada por Marx. Este consideraba a Rusia, en realidad, como responsable de «la reacción» dondequiera que esta se manifestara. En particular, estimaba que el régimen militarista de los nobles prusianos, que aborrecía ardientemente, no era más que la vanguardia de la autocracia rusa. Agregó que el medio más infalible para destruir el predominio de los *junkers* alemanes era aplastar a Rusia, sin cuyo apoyo sería imposible el gobierno de la reacción prusiana. Esta convicción marxista ha llegado a ser un dogma partidario, profundamente enraizado en la mente de todo miembro, y difundido en cientos de escritos. Los socialistas alemanes que obedecieron con entusiasmo la movilización dispuesta por el emperador creían estar cumpliendo un deber sagrado, desde el punto de vista no sólo patriótico sino también democrático: a su modo de ver, aceleraban de tal forma su propia liberación final. Este estado mental inspiró los principales discursos pronunciados por los socialistas alemanes, y también sus artículos más autorizados, cuando Guillermo II declaró la guerra al zar.

Además, no armoniza muy bien con el principio teórico del materialismo histórico la actitud defendida por los pro-

pios socialistas como absolutamente esencial para el proletariado alemán. En sustancia, lo que afirmaron los socialistas alemanes fue que, en el caso de una derrota del Estado al cual pertenecían, los proletarios habrían de sufrir forzosamente, y en gran medida, desocupación y pobreza; en consecuencia, el interés supremo —que debía ser también la meta suprema de sus representantes— era evitar esta eventualidad; por eso su deber primero y principal era ayudar al ejército alemán por todos sus medios en la ardua tarea de derrotar al enemigo. Ahora bien, no falta claridad práctica en la opinión que fundamenta este razonamiento. Puesto que el proletariado es parte integral del Estado, no puede sino sufrir cuando el Estado pasa por malos momentos. Por sobre todo, la masa obrera depende del grado en que florecen la industria y el comercio. Es indudable que la condición más próspera de la industria fabril no da a los obreros una garantía absoluta de que ganarán buenos jornales y podrán disfrutar de un nivel de vida más alto, pues no hay pruebas de que la curva de los salarios seguirá siempre a la de los beneficios de la industria.

Lo cierto es, en realidad, que después de 1870 el desarrollo de la industria alemana fue rápido y extenso, mientras que la situación de los obreros alemanes siguió estacionaria por casi dos décadas; pero si bien los obreros y los fabricantes no están siempre en pie de igualdad en la cuestión de la buena fortuna, no cabe duda de que cuando llegan los malos tiempos ambos tienen que compartir las mismas angustias. Si se estanca la industria manufacturera, todo aumento de salarios es excluido *a priori*. No obstante, aunque este aspecto de comunidad de intereses en la esfera nacional entre la burguesía y el proletariado tiene una base real, resulta sin lugar a dudas totalmente antagónico respecto del *idealismo* de clase —es decir, de la solidaridad fraterna que niega la solidaridad nacional, para afirmar con entusiasmo una solidaridad internacional del proletariado, que persigue una emancipación rápida de la clase— y, por otra parte, mina el verdadero *concepto* de clase. En realidad, la posición teórica adoptada por los socialistas alemanes, e imitada con más o menos fe por sus camaradas de otros países, ha sido dictada por un criterio totalmente diferente del que constituye la base del materialismo histórico. Esta doctrina presupone la existencia de una clase trabajadora única e in-

divisible por naturaleza, en tanto que el concepto nacionalista parte de la sola existencia de un proletariado nacional, que se encuentra dentro de un Estado dado, vive dentro de fronteras geográficas bien definidas, y está sujeto a todas las influencias de la fuerza o el destino. En rigor, el concepto democrático social de clase (como se manifiesta bajo la presión de la guerra en la mayoría de los socialistas alemanes) constituye la negación del concepto marxista, en la medida en que aquel desmiente a este y, en lugar de ser el instrumento de liberación mundial imaginado por los teorizadores internacionalistas, se transforma en instrumento de cooperación patriótica, social y militar. El materialismo histórico procuraba lograr la solidaridad de la especie humana bajo la guía del proletariado revolucionario, mediante la eliminación de la burguesía y de los gobiernos nacionales. El concepto social democrático de clase procura la expansión de la patria y la prosperidad de la burguesía y del proletariado propios de ese país, mediante la ruina del proletariado y la burguesía de otros países.

Entre estas dos concepciones hay, en realidad, tanta distancia que los intentos más juiciosos por salvarla resultarán en definitiva inútiles. Si bien la guerra no ha demostrado la falacia de la teoría de que las clases trabajadoras de los diversos países, consideradas en su conjunto, tienen intereses comunes en oposición a los intereses de las diversas burguesías nacionales, también consideradas como una sola, al menos ha demostrado la inexistencia de la supuesta reacción que este fenómeno tenía que haber ejercido sobre la mentalidad y, en consecuencia, sobre la actividad del proletariado, al que una larga propaganda socialista había tratado de adoctrinar en los principios marxistas. Pero mientras los socialistas alemanes defendían su derecho a dejarse llevar por intereses estrictamente económicos, y a hacer causa común con quienes hasta entonces habían sido sus peores enemigos, tuvieron el mal gusto de negar este derecho a sus camaradas extranjeros. Paul Lensch, miembro socialista del Reichstag, editor del ultramarxista *Leipziger Volkszeitung*, con una seriedad digna de mejor causa sostuvo las notables afirmaciones siguientes: la victoria de Alemania es necesaria para la destrucción del militarismo, que resultará superfluo tan pronto como los enemigos de Alemania hayan sido definitivamente vencidos, en tanto

que su derrota proporcionará de suyo al militarismo nuevas excusas (pues Alemania se verá obligada a tomarse su venganza); para el proletariado alemán la derrota de Alemania será equivalente a una catástrofe económica, a la pérdida de los medios más esenciales de subsistencia y a la ruina de los frutos de muchos años de trabajo, en tanto que para el proletariado inglés las consecuencias de la derrota de Inglaterra serán indudablemente muy beneficiosas, pues llevarán a una difusión rápida de las ideas socialistas, a la distribución de los monopolios y a «la desaparición del estúpido orgullo que caracteriza a la raza inglesa».² Según este profundo pensador, las mismas causas producirían diferentes efectos en Inglaterra y Francia, por una parte, y en Alemania, por la otra. Para Alemania habría que evitar la derrota a toda costa, pues sus resultados serían desastrosos, en tanto que en el caso de Inglaterra y Francia, ¡no podrían dejar de ser saludables!

En general, cabe decir que la guerra ha acentuado aún más el carácter oligárquico del liderazgo partidario. En ningún país (excluida, por supuesto, Italia, que gozó de diez meses para deliberar y madurar su decisión) fue la masa partidaria factor activo en la adopción de una política que interesaba a todos y cada uno de sus miembros; en ningún país, salvo Italia, la gran cuestión de la actitud de los partidos, en relación con el problema de la paz o la guerra, fue planteada a todos los miembros; en todas partes la decisión suprema estuvo en manos de los líderes, y las masas simplemente debieron aceptar un hecho consumado. En casi todos los casos la mayoría de los líderes establecieron su supremacía absoluta sobre la minoría mediante la llamada disciplina partidaria, que obliga a la minoría a aceptar la voluntad de la mayoría. Esto explica la unanimidad casi increíble con que, en el Reichstag, en aquella sesión memorable de agosto, el grupo parlamentario socialista votó en favor de las partidas de créditos de guerra. En la sesión secreta del grupo, en la víspera de la sesión oficial, los adversarios de la guerra estaban en minoría, y por eso fueron obligados, al día siguiente, por las exigencias de la disciplina partidaria, a confundirse públicamente con la mayoría,

² Paul Lensch, *Die deutsche Sozialdemokratie u. der Weltkrieg*, Berlín: Buchhandlung Vorwärts, 1915, págs. 26, 42 y 58.

y a dar un voto que contrariaba sus más sinceras convicciones. Esto significa decir que la vida partidaria supone extraños sacrificios morales e intelectuales.

Además, no fueron pocos los líderes partidarios que consideraron a la guerra como un medio útil de propaganda para atraer a nuevos afiliados. Esto se aplica sobre todo al partido socialista, ávido de eliminar las barreras que lo separan de muchos simpatizantes entre las clases de obreros manuales, operarios y comerciantes, reacios a afiliarse a un partido que profesa un ideario internacionalista. En una gran sesión pública que tuvo lugar en Stuttgart el 22 de febrero de 1915, Heymann, diputado de la dieta de Württemberg y uno de los líderes más conocidos del partido socialista en esa provincia, declaró triunfante: «Fueron muchos los que deseaban ardientemente adherirse a nuestro partido; pero había un obstáculo. ¡Pues bien, ese obstáculo ya no existe!».³ A no dudarlo, los principios resultan a menudo un escollo para un partido cuyo deseo principal es aumentar el número de sus afiliados; y soslayar los principios inconvenientes puede redundar en ventajas electorales, aunque a costa del honor. Los líderes son los primeros en favorecer esa tendencia, pues cuanto más se ensanchen las bases de su partido, tanto mayor será su propio poder individual. En realidad, el poder individual de los líderes experimenta un aumento inmensurable en el momento en que la mayoría de los miembros de todos los partidos están bajo las armas, y por esta razón pueden ser considerados como inexistentes políticamente, pues son incapaces de ejercer influencia alguna sobre la comisión ejecutiva del partido al que pertenecen. En el continente, aun aquellos miembros que no están bajo bandera se ven privados de todo poder de fiscalizar a sus líderes, por la supresión de la libertad de prensa y de asociación y del derecho a celebrar reuniones públicas. Dondequiera que prevalece la ley marcial, el líder es omnipotente.

³ *Zwei Reden*, de Hildebrand y W. Heine, Stuttgart: Dietz, 1915, página 44.